



Bellas Artes.

EL DUQUE DE FERIA

SOCORRIENDO UNA PLAZA.

POR

JOSÉ LEONARDO.

Asegura Palomino que José Leonardo, autor de este excelente cuadro y competidor de Velazquez en el de la Rendicion de Bredá, fue natural de Madrid; pero D. Lázaro Diaz del Valle dice que Jusepe Leonardo (nombre y apellido aragonés) era vecino solamente de esta corte, lo que coincide con lo que afirma Jusepe Martinez en sus *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*, de que era natural de Calatayud. Tampoco dice Diaz del Valle que este artista hubiese sido discípulo de Pedro de las Cuevas, ni pintor del rey, como pretende Palomino, aunque mereciese esta distincion, pues dice el mismo Diaz del Valle, que «pintó con mucha frescura y suavidad, siendo general en este arte, y tan agudo estudiante, que despues de haber ganado grandísima opinion entre los famosos artífices y hecho obras muchas y excelentes en esta corte, murió falto de juicio en lo mejor de su edad con gran sentimiento de todos los que le conocimos y tratamos en juicio.» Jusepe Martinez añade que murió en Zaragoza en el año de 1656, á los cuarenta de edad: tres antes que Valle escribiese su manuscrito.

Los que conocen á fondo todo lo que se ha escrito acerca de las valerosas acciones del célebre general duque de FERIA, creen que este cuadro representa la marcha que dirigió con su ejército hácia Acqui, plaza del Monferrato, en el ducado de Mantua y que al fin tomó con 28000 hombres el año de 1626, segun refiere D. Gonzalo de Cés-

TOMO II.

pedes y Meneses en la primera parte de la Historia de Felipe IV, que publicó en Lisboa el año de 1633. Tambien afirma este escritor, que Don Gomez Suarez de Figueroa, duque de FERIA, «era belicoso, de ingenio y ánimo constante, de no vulgar erudicion, ornamento de letras, en que hallaba premio el valor y la virtud; si bien difícil de apear de lo emprendido alguna vez.» Y se lee en una inscripcion que contiene el cuadro número 234 del Real Museo de Madrid, pintado por Vicencio Carducci, y figura la expugnacion de Rien-Feld por el mismo duque, que este esforzado militar ocupó asi mismo el año de 1633 las plazas de Vandzut, Secking y Lafemburg en la Suevia.

El cuadro que vamos á describir consta de 12 pies con 11 pulgadas de ancho, y de 10 pulgadas de alto. Representa al Duque en primer término, armado con loriga y ataviado con rica valona de encage, pomposa banda roja, sombrero grande con plumas en la cabeza y espada ancha en la cinta; montado en una arrogante haca pía, visto por la espalda, teniendo la brida en la mano izquierda y el baston de general alabardero en la derecha. Acompañan al duque caballeros y soldados, tambien montados, armados de todas armas y levantadas las viseras. En segundo término caminan á pie los arcabuceros, precedidos en el tercero de los alabarderos, que custodian las banderas y los carros de municiones, y á mayor distancia los enemigos disputando el paso á vivo fuego. Se percibe en un alto la plaza murada sobre el rio Bormia, con mucha gente de guarnicion, de la cual hubieron de salir algunos trozos á impedir el incendio de los reductos y de las empalizadas. Por último, termina la escena con una elevada montaña y con una estendida llanura, que cortan el horizonte, teñido en algunas parte con suaves y deshechas nubes.

Todo está dibujado con esactitud y correccion, todo pintado con libertad, color fresco y variado, con fuerza de claro-oscuro, é iluminado con plena luz, como corresponde á los objetos que se presentan en el campo. Es de admirar particularmente en este cuadro la perfeccion con que están egecutados y puestos en su lugar los montes y

2

edificios lejanos, en cuya representacion puede decirse que no tiene rival en la Escuela Española el aragonés José Leonardo.

La estampa de este cuadro ha sido publicada en la coleccion litográfica del Real Museo.

Pintura.

• Convendría que los profanos callasen. »

El cultivo de las bellas artes vá propagándose con admirable velocidad en casi toda la Europa, aun entre las personas que hace medio siglo reputaban al *artista* por hombre sino *vil* al menos *vulgar* y *mecánico*; pero no en todas las naciones sigue esta propagacion una misma escala, y es de admirar el que en nuestra España, donde tanto abundan los buenos modelos, puedan medirse los adelantos por el paso de la tortuga. El paso del cangrejo tambien ha estado en voga, pero felizmente ese tiempo ya pasó.

Hay personas que exclusivamente se dedican á las bellas artes, que emplean en ellas todos sus talentos, que en la sublimidad de los secretos que no están al alcance de conocer los que se llaman *aficionados*, no se trocarian por los reyes mismos; en una palabra, hay seres privilegiados por la naturaleza, destinados para admirar á sus semejantes, para hacer sentir al *hombre material* los encantos de la divinidad, de la *belleza sobrenatural*. Y estos se llaman *artistas*.

Por el contrario, hay hombres para quienes las bellas artes son solamente un pasatiempo, una distraccion, un *entretenimiento bonito*; porque en efecto, muchísimos ignoran que ellas son necesarias al hombre en la sociedad, ignoran que el corazon humano, sin este recreo, que puede llamarse celestial, no gozaria en el mundo otros placeres que los animales y rastreros, ni experimentaria en su monótona vida otra dulzura que

la satisfaccion dimanada del cumplimiento de las obligaciones y del buen servicio de Dios; y estos hombres se llaman *profanos* y su número es ilimitado. De estos hay diversas especies; muchos serán profanos en bellas artes que en ciencias sean hombres eminentes, y no es mi objeto el hablar de estos, porque en general un buen matemático, un buen naturalista, un filósofo no está lejos de conocer los registros del corazon y la causa de su tendencia á la region de lo sublime, al mundo de las bellas artes. Hombres hay que con solo una ligera tintura de ellas se meten á charlar delante de los profesores, á dar su voto, á criticar y á elogiar sin miedo ni vergüenza: ¿y quiénes son estos?... ¡Ah! estos son *aficionados*! — Con la salvaguardia de este nombre un petate puede colocar sobre los cuernos de la luna á Maella, á Vanloo; puede si ha hecho una mala décima echar ceniza en la frente á Calderon; si canta, taladrarle á uno el tímpano toda una tarde con su voz de mosquito; si embarra telas y vá al estudio de un pintor condescendiente, ponerse de pantalla y hacerle sombra al cuadro mientras dice *¡qué hermosa es la pintura! es tanto lo que me gusta!!...* puede tiznarle su cuadro dispensándole el favor de darle un toquecito verde en la mitad de la frente de su *madona*; y si se arrima á ver pintar á un principiante pusilánime, cogerle el pincel y enbadurnarle con un *chirlo franco* una media tinta acaso bien copiada á fuerza de sudores; y mientras se retira satisfecho dándole un golpecito de proteccion en el hombro, el pobre muchacho dice para sus adentros lleno de rabia *¡habrase visto majadero!!!* Tambien puede el aficionado á la escultura estrujar una pierna á un recién modelado Apolo, mientras el escultor está ausente; porque *D. Fulanito* que *se muere por la escultura*, tiene abierta la puerta del estudio á todas horas, y allí se cuela cuando le acomoda sin quitarse el sombrero.

Estos son los aficionados, carcoma de las artes, profesores sin estudio, artistas de salon. No es mi objeto el detenerme en estos, y si en otra especie de profanos; en los que no teniendo sombra de bellas artes, no se avergüenzan de confesar su ignorancia, antes bien se vanaglorian

de no ocuparse en monadas. Y para darles mejor á conocer, contaré lo que el otro día me pasó con algunos de ellos.

El Museo estaba abierto al público, y conducido á él casi por hábito, me aproximé á un corro de jóvenes que habia en una de las estremidades de la Escuela Española moderna. Yo estaba solo, y la esperanza de encontrarme con otros jóvenes tal vez artistas, y disfrutar de una conversacion agradable é instructiva por espacio de algunas horas, me entretenia de antemano, y abstraído del comun de las gentes, me enorgullecía con la idea de pasar por algo mas que hombre de bien y buen ciudadano á los ojos de aquella reunion. Uno de los que la componian era un amigo mio, no artista sino nada, que por ser hijo de*** tiene á menos el estudiar y dedicarse á algun ramo. Al ver que éste llevaba la palabra cambiaron mis ideas, y mi presentimiento fue cierta idea de oficina que me duró hasta que me separé de ellos, es decir, por espacio de una hora. Imposible seria el enumerar los disparates que en tan corto espacio abortaron aquellas obtusas cabezas.

Un cuadro que representa dos perdices muertas era el objeto de toda su atencion, la causa que ponía en movimiento los órganos de aquellos sublimes entendimientos, la que engendraba árdidas discusiones en que lucian unos su afluencia, otros su torpeza, pero todos manifestando sus muchos conocimientos en pintura.

— Pero hombre, ven acá: ¿has visto cosa mas propia? ¡qué! si es mucho!! casi se pueden contar las plumas: ¡qué bien sacadas están!!... Está visto que el que pintó esto tenia mas paciencia que yo. — ¿Querrás creer que jamás he podido dedicarme á este oficio? — Ni yo tampoco. — Además estoy muy convencido de que los pinceles con que hacian esto eran como agujas; y de esa clase no se encuentran en los Tirolenses. — Tampoco habrá pintura fina, ni habrá....

-- ¿Y sabes tu dibujar? preguntó otro.

-- No, dibujar yo no quiero, lo que quiero es pintar. -- Hombre, casualmente tengo un amigo pintor.... digo un conocido.... pero ¡sino tengo paciencia!... Escuchaba yo este diálogo sin hablar palabra, y con grandes ímpetus, ya de cólera, ya

de risa; pero finalmente, no se que estraña idea me determinó á entrar en materia con aquellos hombres para sacarles del cuerpo algunos errores.

-- Ese cuadro no merece tanta atencion: dije á uno de ellos; otros hay muy buenos de diversos géneros, mas dignos de ser observados.

-- Ya, pero son muy antiguos, son negrotos, me respondió con tono decisivo. Y como tenia mas edad que yo se me sonrió como compadecido de mi mal gusto.

-- No importa, casualmente en el Museo los cuadros antiguos son los demas mérito, y si V. no gusta de ellos, sin salir de esta sala puede ver cuadros modernos mejores que ese de las perdices.

-- No lo dudo; pero vaya V. á adornar un gabinete con uno de esos cuadrazos! — Al oír tal disparate casi me avergoncé de hablar con un hombre tan majadero. Tal vez creía que el Museo era una almoneda.

-- Tu que entiendes de esto, me dijo mi amigo; ¿cómo os componeis para estar con un cuadro meses enteros dale que dale sin fastidiaros de hacer siempre ese mismo monótono ejercicio de cojer la pintura y ponerla en el lienzo, y vuelta á cojer pintura y vuelta á emplastar?.... Porque un cuadro grande ya no es bonito..... ni.....

— ¡Ah, pobre hombre! te compadezco. Tú y los de tu especie no veis en la pintura mas que el mecanismo de estender los colores sobre el dibujo; no considerais que el pintor en medio de ese que llamas monótono ejercicio eleva su alma á una region desconocida á los profanos, del mismo modo que el poeta, en sus visiones en sus sueños de agitacion, ó para hablar en tu lenguaje, cuando le sopla la musa. A esa region de delicias no llegan las almas de tu temple, almas miserables y mezquinas, que fuera del globo terrestre no encuentran mundo donde esplayarse, no encuentran bellezas que describir, porque ni pueden concebirlas ni conocen el entusiasmo, ni pueden figurarse que otros mas felices lo sientan. Mas os gusta un limon con todos sus poros, un racimo de uvas, donde solo se vea la paciencia del pintor, que un cuadro de otro género por bello que sea, en el cual se vea su genio.

— ¡Ya!... ¿V. pinta?... me dijo uno de ellos in-

*

terrumpiéndome. Diga V. prosiguió, señalando con el baston á un marco, ¿y VV. hacen esto?

Dejé sin respuesta su estúpida pregunta y proseguí con mi anterior discurso.

Estaba yo convertido en un misionero, levantando la voz y marcándoles las bellezas de un cuadro de historia, del mejor modo posible para hacer impresion en sus embotados órganos; cuando, al volverme á ellos, observé que todos habian ido desfilando uno por uno hácia una cabeza de ternera digna pareja del par de perdices— ¡esto si que está bien *sacado* !!! gritaban. ¡Bravo!! exclamé soltando una risotada de despecho. ¡Dé V. esplicaciones á los profanos!! Este fué mi único pensamiento sobre lo que acababa de sucederme, y con él me entré en la Escuela Italiana, haciendo firme propósito de no meterme á pedagogo de cabezas redondas.

A poco rato uno de aquellos mismos seres ilustrados vino en mi busca, para decirme que tenia un hijo de mucha disposicion para la pintura, y que desearia enseñarme alguna de sus obras, entre las cuales, tenia un Señor San José, con las rayas del grabado tan bien imitadas, que se confundian con el original, el cual era de Don Tomas Lopez Enguíanos. Porque he observado, añadió lleno de buena fé, que teniendo *paciencia y buena vista se sacan buenos monos*; y estas son dos cualidades que tiene mi Tomasito en grado eminente. — Ah! pues si tiene tamaña fortuna dedíquelo V. desde luego al *oficio* de pintor, le respondí ya burlándome de su ignorancia; y con algunas frases mas nos despedimos muy cortemente. Sobre todo, amigo mio, le añadí desde lejos, cuidado no pierda la buena vista, que por la *paciencia* no hay peligro puesto que copia San Josés grabados y trata de continuo con sus amigos de V.

¡Pobres profanos!!!

¡Y acaso este hombre seria un célebre pendo-
lista ó un cobachuelista esactísimo en la asistencia á su oficina!!!

P. DE M.

LITERATURA.

Julia.

JULIA condesa de J....

EL CONDE, su marido.

ENRIQUE.

FELIX.

EDUARDO.

(La escena es en la casa de campo de la Condesa.)

I.

Las 2 de la mañana. — Una habitación pequeña con dos camas.

ENRIQUE, FELIX, *sentados en una cama.*

Enrique. Oh! si vieras cuanto la adora mi corazón! Amigo mio, tu no puedes comprenderlo sino has estado alguna vez en tu vida tan enamorado como yo lo estoy. Tu mismo lo has visto: antes era yo el mas alegre de todos nuestros amigos-- cuando estábamos en el colegio no habia otro mas bullicioso que yo, y en los cuatro meses que hace que salimos los dos, solo durante los quince primeros dias conservé mi antiguo carácter; desde entonces acá, solo me gusta la soledad, el retiro, donde pueda á solas derramar lágrimas de ternura, saborear lentamente mi felicidad sin que me distraigan los importunos con su necia alegría.

Felix. Si, tienes razon: todos lo hemos observado y no sabiamos á que atribuirlo.

Enrique. Ni era fácil en efecto. La causa de esa tristeza es el secreto de mi vida-- un secreto que siempre quedará oculto en el fondo de mi corazón. Lo he jurado y lo cumpliré.... ella lo ha exigido-- pues bien, aunque apenas mi alma puede contener tanta felicidad, aunque conozco que me hace falta depositar mi secreto en el seno de un buen amigo, aunque me cueste la vida... no importa! este secreto me acompañará hasta el sepulcro.

Felix. Pobre Enrique! tan jóven y ya tan desgraciado!

Enrique. Desgraciado! no, eso no! Ya te lo he dicho-- una muger, un ángel, ha escuchado con piedad la declaracion de mi amor, con piedad, si: porque si hubiera desechado con desden mis palabras de ternura, si hubiera castigado mi loca osadia, tu conoces mi carácter, Felix-- alli mismo me hubiera atravesado á sus pies con esta espada que llevo á la cintura.

Felix. Y esa muerte generosa hubiera sido digna de tí, amigo mio. Perdida ya toda esperanza de felicidad, qué recurso le queda al hombre mas que la muerte?

Enrique. Pero en vez de castigarme por haber osado elevar mis ojos hasta ella, por haber, nuevo Icaro, remontado mi vuelo hasta el Olimpo (1)-- ella, con los ojos cubiertos de lágrimas, con una sonrisa celestial, oyó la expresion de mi delirio, me levantó del suelo con su mano de nieve y rosa, y trémula, palpitante.-- "Enrique, piedad, piedad! exclamó, dejando caer sobre mi seno su lánguida cabeza. Piedad! Yo te amo, si!" --Desde entonces acá, amigo mio, soy el hombre mas feliz del mundo y el mas desgraciado al mismo tiempo: porque..... no, no te diré quien es la que adoro: ha exigido mi palabra de honor de que lo calle y nadie lo sabrá, ni aun tu mismo. Pero para que te formes idea del extremo á que llega mi infortunio, te bastará saber que la que adoro con un ardor frenético, la que me ama con todo su corazon..... es de otro hombre!

Felix. Y su virtud.....

Enrique. Virtud! terrible virtud! Si supieras, Felix, que desgraciada es esa muger. En la edad en que todavia es mudo el corazon, sacrificada por un padre desnaturalizado, la infeliz se vió precisada á contraer un horrible himeneo. Qué extraño es que al llegar á la edad del amor, su corazon la hablase en favor de otro hombre?

(1) Este joven salió del colegio hacia seis meses, y no es extraño conservase todavia en su memoria la terminología clásica de los estudiante de retórica.

Pero la virtud, Felix, los deberes sociales, y en fin, la ternura que logré inspirarla, todo contribuyó á hacerla la mas desgraciada de las mugeres. -- Oh! si la oyeres la relacion de sus infortunios..... solo de pensar en ello se me parte el corazon.

Felix. Por Dios, amigo mio, detente..... tu mismo, sin saberlo, me estás haciendo sufrir un horrible tormento; tus palabras renuevan todas las heridas de mi corazon.

Enrique. Y qué? tambien tu eres desgraciado por amor?

Felix. Mil veces mas que tu, y sin embargo la historia de tus amores es casi la de los mios, con la diferencia de que á tus desventuras aña-do yo otras muchas mas. Tambien yo estoy enamorado, Enrique; pero si algun dia fui tiernamente correspondido, ya no lo soy: la ingrata se complace en atormentarme por el solo placer de hacerme sufrir-- porque estoy seguro de que no tengo ningun rival. Pero si; la ingrata se complace en mi desesperacion: desea verme morir-- á mí que la amo tanto! No te parece el colmo de la perfidia, Enrique?

Enrique. Lloras! esa debilidad por una muger tan friamente cruel es indigna de un hombre....

Felix. Si, tienes razon, lo conozco; pero qué quieres? Yo no puedo remediarlo y al lado de mi mejor amigo no quiero violentarme. Déjame verter estas lágrimas, las últimas.... porque lo juro: antes de veinte y cuatro horas todo se ha de aclarar. -- Ah! merecia yo de ella semejante conducta? despues de haberme jurado tantas veces amor eterno, exclusivo, no es una infamia abandonarme asi? Mira: para que conozcas mejor hasta que punto es culpable esa muger, voy á contártelo todo. Solo te ocultaré una cosa, su nombre; aunque no merecia, quien tan vilmente quebranta sus juramentos, que yo guardara los mios, al fin soy caballero y ella muger.

Enrique. Haces bien. Pero cuéntame tus penas y á lo menos yo procuraré consolarte.

Felix. Tu sabes que á pocos dias de salir del colegio, recibimos juntos la charretera y que yo salí destacado con mi regimiento á la Granja

pues allí, amigo mio, es donde conocí á la mujer que adoro. Qué hermosa! qué sensible! Vernos y amarnos todo fue uno. La primera vez que la ví, me acordaré toda mi vida, era una tarde de diciembre, fria y oscura: una lluvia espesa y menuda caía del cielo sin interrupcion: yo me paseaba por aquellos deliciosos jardines, á la orilla de un estanque cuando la ví pasar junto á mí de bracero con un hombre -- su marido.

Enrique. Con que es casada?

Felix. Si, por mi desgracia y por la suya. Yo no sé que secreto presentimiento me anunció que aquella muger debia ser muy desgraciada, pero desde aquel instante sentí hácia ella una simpatia inesplicable, hija sin duda de la compasion. Un baño de profunda melancolia velaba su hermoso semblante; sus dulces ojos azules, cubiertos de largas pestañas, se volvian de cuando en cuando hácia mí con una espresion que me hacia palpar hasta el fondo de mis entrañas. Hubo sin duda de observar su marido estas miradas, porque desde entonces empezó con una impaciencia brutal á apretar el paso, tirándola del brazo con tal violencia, que no pudo ella menos de dar un grito; pero volviendo inmediatamente en sí, siguió á su marido, despues de haberme echado una mirada, que de nuevo me alentó á seguirla, decidido á protegerla contra la barbarie de su tirano. Salieron por fin de los jardines y yo, siguiéndolos á cierta distancia, los ví entrar en una casa de posada, donde habitaban. Al dia siguiente tomé un cuarto en ella.

Desde entonces, amigo mio, todos los dias lograba verla: su marido, siempre ocupado en sus negocios ó en sus diversiones, nos dejaba continuamente solos. Oh! si vieras! qué feliz, qué deliciosa fue aquella temporada de 15 dias que pasamos juntos en la Granja! Tambien esta muger habia sido como tu querida, sacrificada por un padre tirano; abandonada de su inconstante esposo, ocupado siempre en toda especie de devaneos, no tenia la infeliz mas consuelo en su amarga existencia que el de pasar conmigo todo el tiempo que nos dejaban libre la au-

sencia del Conde y las ocupaciones de mi profesion militar, que el de oír mis palabras de ternura, que el de jurarme eterna constancia. Pero oh! cuán pronto pasaron estos momentos de felicidad! Al cabo de quince dias, volvió con su marido á Madrid mi amada Condesa.

Enrique. Condesa!!...

Felix. No tardé yo en seguirla. A fuerza de empeños logré volver á Madrid cuatro dias despues y siempre la hallé tan cariñosa, tan amable como siempre. Pasaron asi algunos meses: yo habia logrado introducirme en su casa, hacerme amigo de su marido y ya empezaba á esperar que pronto veria premiada mi constante ternura, cuando hace ocho dias, hallándome con ella en un baile, me hizo un desaire que no la perdonaré jamas. Me habia prometido bailar conmigo el primer wals, y cuando fui á sacarla ya estaba comprometida con otro, y en vez de disculparse conmigo me echó una mirada capaz de ajar el amor propio de un santo.

Enrique. Ingrata!

Felix. Corrido, irritado, me dirijo al dichoso preferido para pedirle una satisfaccion, pero me quedé mas corrido todavia al reconocer en él á mi hermano Eduardo. Qué podia hacer en aquel caso?... Ademas la culpa no era de Eduardo, sino de ella. Acabado el wals quiso disculparse conmigo, pero lo hizo con una tibieza, con una frialdad.... De vuelta á su casa, la llamé ingrata, falsa; al principio derramó algunas lágrimas y luego me dió á entender que mi presencia empezaba á serle enojosa. Desde entonces acá, su conducta conmigo ha sido muy equivoca por lo menos: si me hacia un favor, estaba seguro de que poco despues me esperaba un desprecio. En fin, conocí que esa muger ó queria dejarme decididamente ó poner á prueba mi amor á fuerza de desaires. Hace cuatro dias me convidó á pasar una temporada en su casa de campo....

Enrique. Y tuviste la debilidad de aceptar?

Felix. Si, acepté, pero con el intento de obtener una aclaracion, de saber por fin á que atenerme... Todavía no he tenido una ocasion, pero

mañana mismo, si, mañana — dilatarlo mas seria una infamia. Mañana la buscaré á solas, me presentaré á ella, y la diré — Julia!

Enrique. Julia! Qué dices?

Felix. Si, para que he de ocultarlo? Ya que en el arrebató de mi indignacion se me ha escapado este nombre, no quiero ocultarte nada; Julia, la Condesa, es la muger á quien adoro.

Enrique. Insensato! qué dices?

Felix. Pues qué?

Enrique. Calla! tu deliras! Eso es imposible! — Esa es la muger á quien adoro..... la que me ama....

Eelix. Mientes!

Enrique. Felix!

Felix. Si, mientes, y estoy pronto á probártelo cuando quieras.

Enrique. Ahora mismo, toma tu espada.

Felix. Si, que quiero lavar en tu sangre la ofensa que has hecho con tus infames palabras á esa muger celestial. Salgamos.

Enrique. Si Salgamos!

Salen con las espadas debajo del brazo.

II.

Noche de luna. — Un bosquecillo en el parque — en el fondo se vé la magnífica quinta de la Condesa.

ENRIQUE, FELIX. *Entran precipitadamente.*

Felix. Este es el sitio mas á propósito. Aqui nadie puede interrumpirnos.

Enrique. Si, tienes razon. Aqui mismo, enfrente de las ventanas de mi amada Julia.... mientras todos los ángeles del cielo velan sobre su puro sueño, la espada de su Enrique la vengará de un impostor.

Felix. Enrique! hablas con seriedad? no me crees?

Enrique. Qué se yo!

Felix. Mira! Yo estoy resuelto á batirme contigo — tú lo estás tambien. Pero aunque en este momento veo en tí un enemigo mortal.... con todo, Enrique, puedo aborrecerte, mas no despreciarte. No merezco yo otro tanto de tí?

Enrique. Por qué me lo preguntas?

Felix. ... Porque el nombre de impostor viniendo de tí me aflige mas que si me dieras una estocada. ¿No pueden dos antiguos amigos batirse como caballeros, sin insultarse como villanos? Las heridas que hace la espada pueden curarse con el tiempo, porque recaen sobre el cuerpo, las que hace la lengua, son eternas, incurables, porque recaen sobre el honor.

Enrique. Tienes razon, Felix, esta es mi mano, tómalas en señal de que nos estimamos — Ahora ponte en guardia, porque si se prolongara esta conversacion, conozco que no tendria fuerzas para cumplir mi deber.

Felix. Proteja Dios la buena causa!

Cruzan las espadas y empiezan un reñido combate. Al cabo de pocos instantes entra Eduardo corriendo y desalentado en el bosquecillo.

III.

ENRIQUE, EDUARDO, y FELIX.

Enrique y Felix. Eduardo!

Eduardo. Imprudentes! qué haceis? deteneos.

Felix. Mi hermano! tú aqui!

Eduardo. Silencio, amigos míos, silencio, por amor de Dios! Si haceis el menor ruido me perdeis y comprometéis para siempre á la que amo. El marido acaba de sorprenderme en el cuarto de la Condesa.

Enrique. De Julia?

Eduardo. Si, de Julia.

Enrique y Felix. Oh!!!....

Eduardo. No hay que perder un momento. Si acaso ha concebido el conde algunas sospechas, despertará á sus criados, hará que me busquen. Amigos míos, en todo caso cuento con vosotros.

Enrique. Julia!....

Felix. Julia!...

Eduardo. Procuremos salir con todo sigilo, acaso no haya conocido nada. Las mugeres son tan.... Pero silencio! no ois abrirse un balcon?....

Enrique. Si, el del cuarto de la Condesa.

Eduardo. Todos quietos, no hay que menearse, á la claridad de la luna nos descubrirían seguramente.

Enrique y Felix. (En voz baja.) Julia!.... quién habia de decir!

Eduardo. Silencio! no ois?

Aparecen el Conde y Julia en un balcon de la quinta.

Julia. Ingrato!

Conde. Vida mia! perdona mis infinitas sospechas. Te quiero tanto!

Julia. Pues y yo!....

Conde. A lo menos, que no sea inútil mi venida.

Julia. (Con ruborosa timidez.) Qué?....

Conde. Julia, hoy hace un año que nos juramos al pie de los altares eterno amor, eterna fidelidad. Te acuerdas?...

Julia. Si, si. (Con ternura.)

Conde. Y yo... yo me acuerdo tambien. Hace un año, á tal hora como esta de la noche, brillaba la luna en un cielo purísimo de verano.... como brilla ahora: la naturaleza entera yacia sumergida en un profundo silencio: como ahora.... mi corazon palpitaba de amor.... como ahora, y el tuyo palpitaba tambien, Julia!

Julia. Como ahora.

Conde. Hermosa!....

Sigue un breve rato de profundo silencio: en seguida se retiran el Conde y Julia, despues de haber cerrado el balcon lentamente.

Enrique y Felix envainan las espadas, se dan un estrecho abrazo y salen del bosque con Eduardo, hablandose en voz baja y pudiendo apenas contener la risa.

E. DE O.



POESIA.

El Monasterio.

I.

Brilla la luna serena
En mitad del puro cielo,
Y yace el mundo sumido
De la noche en el silencio.
Cercano á la mar se eleva
Solitario Monasterio,
Cuyo pie con ronco ruido
Bate el húmedo elemento.
Aun melancólicos suben
En el sacrosanto templo,
Himnos á Dios de alabanza
Con el humo del incienso.
Lentamente desaparecen,
Cual dulce ilusion, los ecos
De los cánticos, y solo
Se oye el susurro del viento.
¡Bella, romántica noche!
Apresta el batel ligero,
Pescador; la calma pura
Del mar tranquilo gocemos.
¿No ves cuán sereno brilla
Estrellado el firmamento,
Sin que una nube importuna
Manche el azul de su velo?
Imágen es de tu vida
¡Hombre feliz! de los cielos
La transparencia y la calma
Del mar en este momento.
Las olas con lento giro,
Van brillando y van muriendo:
Los astros lucen y á ocaso
Resbalan con paso lento.
Tal es tu vida; ¡ó dichoso!
Nunca turban tu sosiego
Las tempestades del alma
Ni los dolores del cuerpo.
Pescador, al agua undosa

Tu leve barquilla demos,
Y por el mar discurramos
Tendida la vela al viento.
Ningun peligro nos cerca;
A la alta mar avancemos;
Serena es la noche.... cuide
Yo del timon, tu del remo.

II.

Dime, pescador ¿el llanto
Por qué tus ojos empaña
Cuando en ese Monasterio
Melancólico los clavas?
¿Gime acaso entre sus muros
El dulce bien de tu alma,
Y en él tal vez se marchita
La rosa de tu esperanza?
Dime, pescador, tus penas
Y acaso podré templarlas,

O juntamente á lo menos
Lloraremos tu desgracia....

Pero detente: ¡silencio!..

¿Ves en aquella ventana
Moverse una blanca forma

Cual misteriosa fantasma?

Virgen es del Monasterio

Si mis ojos no me engañan:

Su hermoso rostro diviso

Entre la niebla lejana.

Cual puros luceros brillan

Sus ojos que el llanto baña,

Y ora al cielo los eleva,

Ora en nosotros los clava.

Al viento flota su velo,

Y entre suspiros derrama

Sus palabras lastimeras

Al lánguido son de un harpa.

III.

« El puro abril de mi vida

Aquí la afliccion consume:

Huye la paz de mi alma

El sueño mis ojos huye.

Compasion ¡ó Dios! si vieras

¡Ay! cuánto mi pecho sufre,

Cuánto la muerte deseo

Que mis plegarias escuche!

En esta prision eterna

Huyó la esperanza dulce,

Ni hay un alma cariñosa

Que mis lágrimas enjague.

En vano al cielo le pido

Que mi amarga suerte mude

Y apague el fuego ignorado

Que el corazon me consume.

Inquietos, vagos deseos

Tal vez mi inquietud destruyen,

Y mi breve sueño agitan,

Tal vez ilusiones dulces.

Fantásticas formas veo

Cruzar en rauda vislumbre,

Cuando la noche serena

Cielos y tierras encubre.

Brillantes son en belleza

Como angélicos Querubes:

Y tal vez siento en mi boca

Que ardientes besos esculpen.

No sé que ardor delicioso

Dentro mi pecho discurre

Entonces.... en densa niebla

Mis sentidos se confunden.

De ante mis ojos absortos

Entonces el mundo huye,

Y un cielo de eternas dichas

Mi alma atónita descubre.»

IV.

« Pero breves son las dichas

Y eterna es ¡ay! la amargura,

La ilusion mis penas templa,

La realidad las aguza.

Huyeron los bellos dias,

La no turbada ventura,

Cuyo plácido recuerdo

Tal vez mis penas endulza.

¿Por qué, si inocente al cielo

No ofendió mi pecho nunca

En este aciago sepulcro

Me encierra la suerte injusta?

¿Por qué me condena el hado,

A eterno llanto y angustia,

Y en este odiado recinto

Mis pesares perpetua?

No hay un alma generosa

Que mis cadenas destruya,
Y el denso velo desgarre
Que al mundo entero me oculta?
¡Cuántas aquí malogradas
Arrastran penas profundas!
¡A cuántas hirió en mis brazos
Temprana muerte sañuda!
En fuego de amor ardiente
Tal vez se abrasan algunas,
Y con sacrílegas voces
Al cielo y la tierra acusan.
Al labio sediento estrechan
De Cristo la imagen muda....
¡Mas ay! que insensible esposo
Nó sus lágrimas enjuga.
Algunas de un tierno amante
Separadas, con ternura
Piensan en él y sucumben
Lamentando su fortuna.
Una de ellas... ¡pobre Elvira!
Mis ojos el llanto turba,
De un angel tuviste el alma
Y de un angel la hermosura.
Tu sola, mi dulce amiga,
Templabas mi suerte adusta:
Mis lágrimas ¡cuantas veces
Se mezclaron con las tuyas!
¡Yo la ví! Besó mi labio
Su frente cándida y pura:
¡Y ayer.... su frente de nieve
regó mi llanto en la tumba!!”

V.

«¡Oh tú, que ahora en el cielo
Con lánguido rayo luces,
Bella luna! compadece
A una inocente que sufre.
El porvenir me aparece,
Cubierto de negras nubes;
¡Oh! pronto en la tumba helada
La muerte á Elvira me adune!
Si tantas veces mi acento
En lánguidos ecos dulces,
A tí se alzó cuando el mundo
La noche en su manto cubre,
¡Oh luna hermosa! no temas
Que mis quejas te importunen

Jamás ya nunca.... ¡tu rayo
Mi temprana muerte alumbre!»

VI.

Calló: de la luna al rayo
En sus manos algo brilla....
¡Infeliz! su blanca mano
De sangre miro teñida.
Pescador! allí volemós,
Rema, rema hácia la orilla --
¡Mas ay! desmayado al suelo
La frente pálida inclinas.
Vuelve en tí.... «Dejadme, dice
¿De qué me sirve la vida?
Ya solo la muerte aguardo....
¡Perdí mi adorada Elvira!»

E. DE O.

TORIBIO.

Si porque fuiste á las Indias
Te llamas Bartolomé,
Tu tío que mas te estima
Se llama Toribio-mé.

«¡Ah Toribio!! ¡Y cuánto me cuestas!! Desde
que me abandonaste, no he tenido un momento de
holganza. Acuérdate de que mientras te estás so-
lazando en una nueva conquista, acaso llevarás
puesta esa liga que me hurtaste y que conservas
como testigo de mi debilidad. ¡Ingrato!!... ¿No
sientes despedazarse tu corazón con los remordi-
mientos de haber deshonrado á una incauta don-
cella para hacerla infeliz?.. ¿doncella de 54 años?
¡ah Toribio!! tú me has abandonado por la am-
bicion; vuélveme pues mi liga, y no sepa el
mundo mi deshonra: tú has ido á la corte, has
conseguido todos tus anhelos, has llegado á ser....
portero. Y en tanto tu Braulia sumergida en la in-
famia perecerá en el lugar donde por su mala
estrella vió relucir esos tus ojuelos, sin consuelo,
ni esperanza de que la estreches al cerrar los pár-

pados en tu apeteuido seno. ¡Inconstante!! las penas me han aumentado el flato histérico, y sin remedio perecerá esta flor temprana.»

Leyó Toribio la carta, y como era naturalmente sensible vertió sobre ella un mar de lágrimas.

El buen portero, es verdad que la había olvidado por el fausto y rango de su destino, y por el sueño, á que era muy propenso desde que no tuvo que trabajar, pero su corazón no era de piedra, y la memoria de su Braulia despertó en él ideas violentas y..... en una palabra el diablo le tentó; y como Toribio era naturalmente sensible cedió á la tentación.

Encerróse en su cuarto, tapó con un calcetín el agujero de la llave, y esclamando entre sollozos y gallipavos

«De ledo que era, triste
¡Ah Braulia! tú me tornaste
La hora en que me pediste
Esta fatal liga que me entregaste»

que en esta ocasión la desesperación hizo á Toribio poeta. Se sentó en una silla echando antes un trago de aguardiente para despavilarse, lanzó hacia el techo una lánguida mirada, abrió un palmo de boca, y desembarazando á la robusta pata de la fatal liga la rodeó á la garganta con toda serenidad. Esta fue la vez primera que formalmente no durmió.

Por fortuna no se consumó el atentado; y á pocas horas los demás criados, compañeros suyos, le encontraron muy apurado bregando entre sueños por desatarse la liga, y dejando escapar de su semblante, antes lleno de sensibilidad, la sonrisa grata y apacible de un portero dormilón.

P. DE M.



OTELLO.

Entre tantas y tan bellas particiones como ha dado al teatro italiano el genio de Pésaro, acaso ninguna merece mas que esta ocupar el primer lugar. Son innumerables sus bellezas de todas especies; gusto y filosofía en los cantos, riqueza en los acompañamientos y en la armonía.... pero no encomiemos el Otello de Rossini. Su grandísimo mérito está tan universalmente reconocido, que ya hasta ridículo parece anunciarle por la misma razón que lo sería decir que la rosa es hermosa ó que la mujer enamora. Pasemos pues á tratar del modo como ha sido puesto en escena en nuestro teatro por la actual compañía.

La parte de Otello nos ha parecido desempeñada con primor. No se nos oculta que el Sr. Ronzi tiene que valerse de ciertos medios extraordinarios para brillar, como efectivamente brilla, en un papel de tanta fuerza y que no es el mas apropiado para su voz, pero estos mismos medios prueban mas y mas los conocimientos reales del cantor. De la expresión, del fuego, de la igualdad en la perfección, tanto del canto como de la acción, todos han podido juzgar y todos han admirado el grado á que sabe llevar el Señor Ronzi estas apreciabilísimas cualidades. Así es que no se le han escaseado los aplausos mas generales y entusiastas.

También los ha obtenido la que desempeña la parte de Desdémona, y no solo por ser la Señora Manzocchi; lo decimos sin mezcla de ironía ó segundo sentido. Esta artista ha sabido grangearse la estimación del público, en términos que basta que se presente en la escena para que se den muestras de satisfacción; pero ¿no prueba esto mismo su verdadero mérito? Es verdad que algunas circunstancias particulares podrán contribuir al aprecio tan general que se hace de esta jóven, pero la principal es su mérito, nos complacemos en decirlo. Después de manifestar francamente que nos contamos entre el número de sus mayores apasionados y que creemos que la pasión puede disminuir algun tanto el conocimiento, á pesar de lo que dice el refrán, espondremos también con igual franqueza nuestra opinión acerca de la ejecución de la parte de Desdémona.

No hay duda que esta es, en ocasiones, superior á

las facultades de la Señora Manzocchi, y no basta para disimularlo todo su esmero, ni empezar escitando el mayor entusiasmo en el auditorio con una aria nueva para este público y cantada con gracia verdaderamente encantadora, y concluir haciendo enternecer hasta el mas insensible. Estos esfuerzos son plausibles y muy dignos del mayor agradecimiento. Ellos prueban que la Señora Manzocchi hace cuanto puede, pero en los pedazos *concertantes*, en los finales, en los grandes duos, ¿cómo no se han de echar de menos las notas de que su voz carece y con las que el compositor contó en toda la particion? Preciso es que el efecto general se resienta de ello y asi sucede, pero en cambio cuando llega algun pedazo ó paso que afortunadamente se halla comprendido en los límites de esta misma voz, como su timbre es tan sonoro y armonioso que resuena en el corazon, y el de la que la posee sabe sentir, se olvidan con gusto las faltas pasadas en la enagenacion presente. Repetidos egemplos pudieramos citar de esto y sobre todo en el tercer acto, en que se conoce que la Señora Manzocchi se ha propuesto por modelo á la célebre Malibran y no podia escogerlo mejor. De ella copia el estilo, los adornos, la accion y hasta el trage, pero eso no disminuye su mérito en lo mas mínimo. La misma Malibran empezó por copiar á la Pasta, y en general hablando, para producir algo de original y bueno en bellas artes, es preciso haber copiado antes mucho. Conocer lo que se ha de copiar y saberlo copiar son dos pruebas evidentes de verdadero genio, al paso que no hay nada mas fácil que ser desde luego original.... pero, se entiende, malo.

De este tercer acto se puede asegurar que nunca se ha oido en Madrid tan bien cantado ni tan mal tocado. Preciso es decirlo; la orquesta va degenerando de tal modo que no es posible calcular hasta donde se propone bajar. El público debe disimular ciertas faltas, pero no del tamaño de las que se van cometiendo ya. Nadie puede dudar de los grandes talentos del maestro que dirige; queda aun alguno que otro profesor de mérito; pero los demas....

El Sr. Cristófani desempeña su parte regularmente. No tiene grandes medios, pero procura esmerarse y se le ha recibido con decoro. En el papel de Rodrigo es imposible lucir y cuando ha quedado en él bastante bien, no seria extraño que en otro correspondiente á sus circunstancias quede aun mejor.

Los límites de este artículo no nos permiten estendernos mas. Nos vemos, pues, precisados á dejar en el

tintero al Dux con el Padre, y el traidor y la amiga, y el criado y.... y no mas, porque del *gondoliere* ya hemos hablado aunque parece que no.

S. DE M.

A una Fuente.

Soneto.

«Pura y undosa fuente que serena
Retratas en tu fondo cristalino
La erguida copa del robusto pino
Cuando tu fondo con su sombra llena.

Asi corone cándida azucena
Tu márgen solitaria de continuo,
Y asi jamás rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena; --

Que me digas, te ruego, si mejora
En tu cristal mi rostro, pues no fuera
A ser tu fiel, tan cruda mi pastora.»

Esto dice Mirtilo y considera
Su retrato en el agua; empero llora
Y el agua turba y su retrato altera.

EUGENIO FLORAN.

Anuncio.

Blanca de Borbon. Tragedia original en 5 actos, por D. Antonio Gil y Zárate. Esta interesante composicion que tantos aplausos ha merecido en sus representaciones y que tanto han elogiado todos los periódicos de esta corte, se vende en la librería de *Escamilla*, calle de Carretas, donde se halla la coleccion de comedias modernas y de novelas históricas originales españolas.

ESTAMPAS:

El Monasterio. — Toribio.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



A. B. de Madrid.

LA MUERTE DEL ABA. D.

las facultades de la Señora Manzocchi, y no basta para disimularlo todo su esmero, ni empezar escitando el mayor entusiasmo en el auditorio con una aria nueva para este público y cantada con gracia verdaderamente encantadora, y concluir haciendo enternecer hasta el mas insensible. Estos esfuerzos son plausibles y muy dignos del mayor agradecimiento. Ellos prueban que la Señora Manzocchi hace cuanto puede, pero en los pedazos *concertantes*, en los finales, en los grandes duos, ¿cómo no se han de echar de menos las notas de que su voz carece y con las que el compositor contó en toda la particion? Preciso es que el efecto general se resienta de ello y así sucede, pero en cambio cuando llega algun pedazo ó paso que afortunadamente se halla comprendido en los límites de esta misma voz, como su timbre es tan sonoro y armonioso que resuena en el corazon, y el de la que la posee sabe sentir, se olvidan con gusto las faltas pasadas en la enagenacion presente. Repetidos egemplos pudieramos citar de esto y sobre todo en el tercer acto, en que se conoce que la Señora Manzocchi se ha propuesto por modelo á la célebre Malibran y no podia escogerlo mejor. De ella copia el estilo, los adornos, la accion y hasta el trage, pero eso no disminuye su mérito en lo mas mínimo. La misma Malibran empezó por copiar á la Pasta, y en general hablando, para producir algo de original y bueno en bellas artes, es preciso haber copiado antes mucho. Conocer lo que se ha de copiar y saberlo copiar son dos pruebas evidentes de verdadero genio, al paso que no hay nada mas fácil que ser desde luego original.... pero, se entiende, malo.

De este tercer acto se puede asegurar que nunca se ha oido en Madrid tan bien cantado ni tan mal tocado. Preciso es decirlo; la orquesta va degenerando de tal modo que no es posible calcular hasta donde se propone bajar. El público debe disimular ciertas faltas, pero no del tamaño de las que se van cometiendo ya. Nadie puede dudar de los grandes talentos del maestro que dirige; queda aun alguno que otro profesor de mérito; pero los demas....

El Sr. Cristófani desempeña su parte regularmente. No tiene grandes medios, pero procura esmerarse y se le ha recibido con decoro. En el papel de Rodrigo es imposible lucir y cuando ha quedado en él bastante bien, no seria extraño que en otro correspondiente á sus circunstancias quede aun mejor.

Los límites de este artículo no nos permiten estendernos mas. Nos vemos, pues, precisados á dejar en el

tintero al Dux con el Padre, y el traidor y la amiga, y el criado y.... y no mas, porque del *gondoliere* ya hemos hablado aunque parece que no.

S. DE M.

A una Fuente.

Soneto.

«Pura y undosa fuente que serena
Retratas en tu fondo cristalino
La erguida copa del robusto pino
Cuando tu fondo con su sombra llena.

Asi corone cándida azucena
Tu márgen solitaria de continuo,
Y asi jamás rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena; --

Que me digas, te ruego, si mejora
En tu cristal mi rostro, pues no fuera
A ser tu fiel, tan cruda mi pastora.»

Esto dice Mirtilo y considera
Su retrato en el agua; empero llora
Y el agua turba y su retrato altera.

EUGENIO FLORAN.

Anuncio.

Blanca de Borbon. Tragedia original en 5 actos, por D. Antonio Gil y Zárate. Esta interesante composicion que tantos aplausos ha merecido en sus representaciones y que tanto han elogiado todos los periódicos de esta corte, se vende en la librería de *Escamilla*, calle de Carretas, donde se halla la coleccion de comedias modernas y de novelas históricas originales españolas.

ESTAMPAS:

El Monasterio. — Toribio.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.



Al. de Madrid.

LA MUERTE DEL ABAD.

